

Versaciones de un chupaplumas

Ni enfadar más a mi amigo



Que llevaba rato dando muestras de empezar a aburrirse o, para mayor precisión, de llevar aburrido ya desde que entramos por la puerta del museo cuando, tras mostrar los tiques y que un empleado los revisara con ese aparatito que debe de ser de rayos infrarrojos, al pasar por el arco detector de metales tuvimos un pequeño problema porque, si bien en el bolso de Sonia no detectó nada sospechoso, al pasar yo el arco empezó a pitar a causa de que llevaba en el bolsillo un llavero que terminaba de comprar para el juego de llaves que le daría a la **cocinera nueva** cuando acudiera, al día siguiente, para empezar a prestar sus servicios y que así

Lola, liberada de ensaladas y lentejas, pudiera dedicarse por entero a buscar la llave del cajón de mi mesa (porque a veces, cuando salía yo con prisa, se me olvidaba dejarle la notita explicándole dónde la había escondido), y a contestar el teléfono cuando llamase mi tía, y a ocuparse del pienso extrusionado y de las pipas de Indalecio y Manolita, y de preguntar por la ventana a la dueña de la ~~easa de lenocinio~~ (que lo tacho para remplazar por prostíbulo, porque dice Lola que lo de lenocinio no iba a entender nadie qué significa) por dónde iba él, Indalecio, cuando, bien entrada la noche y yo ausente, hubiera ella (la *madame* ataviada con su estola de visón y sus chinelas) de bajar a la calle para, junto con otros vecinos del barrio, protestar del escándalo y poder concretar a los policías el canto y la estrofa que estuviese recitando.